

Y en el delirio encantado
Que su espíritu enagena,
Solo oye y vé á Valentina
En todo cuanto le cerca.
Valentina dice el aura
Que en el espacio se aleja;
Valentina dice el eco
Que en el monte la remeda;
Valentina en sus oídos
Eternamente resuena;
Y el nombre de Valentina
Que en su redor gira y rueda
En círculo eterno y mágico,
En oscilación eterna,
Dentro de su mente nace
Y va á espirar dentro de ella.
Tal es aquella voz mística
Que del umbral de su puerta
A su enojada pregunta
Yo soy, GENARO, contesta:
Todo esto es aquella voz
Que inmóvil tras de la reja
Embebecido le tiene
Asido á entrambas vidrieras,
Sin intención que le acuda,
Sin voluntad que le mueva,
Dudando si goza ó sufre,
Si está despierto ó si sueña.
De tan dulce desvarío,
De fantasía tan bella
Tras largo espacio, otro ruido
Volvió á sentir en su puerta.
Mas no retumbante golpe
De otra aldabonada recia,
No de quien entrar pretende
Clara y perentoria seña;
Sino crujido de gonces
Sobre que las hojas ruedan,
Rumor de quién fácilmente
Abre voluntario y entra.
Con grande asombro y pavor
De la ventana por fuera
Sacó Genaro á este ruido
La desgredada cabeza,
Tendió á la calle los ojos
Por medio de las tinieblas,
Mas retiróse al instante
Apalancando las rejas.
Volvió á ocultarse en su lecho,
Y aunque enmudece su lengua,
Y aunque el aliento recoge
Bien se conoce que tiembla.
Y bien se vé que sus ojos
No engaña ilusión incierta,
Porque un ánima medrosa
Y una vigilancia atenta
Ruido de pasos cercanos
Fácilmente apercibieran,
Y aun sospecharán que alguno
Subía por la escalera;
Mas no producen sentándose
Aquellas pasos en ella
Rumor que la ira en el hombre

Escita con la sorpresa.
No es el recatado paso
De quien caminando á tientas,
Con taimadas intenciones
Furtivamente penetra:
No es de cobarde enemigo
La desconcertada huella
Que al mismo tiempo que avanza
Preparada á huir se acerca:
No son los pies de un ladrón
Que aunque adelantan recelan,
Sino la planta segura
De quien francamente llega,
Un paso medido y grave
De planta firme y serena
Pero no lenta y pesada,
Sino fácil, leve, aérea.
Al percibirla Genaro
Vecina á su estancia mesma,
Hundió sudando de espanto
En las ropas la cabeza.
Genaro! dijo la voz,
Y con su armonía angélica
Llenó el aposento opaco
Vibrando en él duradera.
Mas no respondió el mancebo,
Porque su garganta seca
Con el pavor de su alma
A la palabra se niega,
Genaro! tornó á decirle
Otra vez y tan de cerca,
Que ya en el cuarto inmediato
Juzga afanoso que suena.
Genaro! repitió al fin
Aquella voz lastimera,
Exhalando una armonía
Tan melancólica y tierna
Que á las entrañas llegaba:
"¿Genaro mio! ¿en qué piensas?
"¿Tanta mudanza en un día?
"Hoy has dicho á mi cabeza:
"Si fueras recuerdo suyo
"Con qué afán te recogiera,
"Y llevándote conmigo
"Noche y día por do quiera,
"De mi amor fueras testigo
"Solitaria calavera,
"Tú fueras mi único amigo,
"Tú mi única compañera,
"Esto me has dicho, Genaro,
"En una ermita desierta;
"Y cuando tu anhelo cumplo
"¿Te asombras y no me esperas?
"¿Te llamo y no me respondes?
"¿Subo á encontrarte, y te encierras?"

Alzó la frente Genaro
Tales palabras oyendo,
Mas á nadie en torno viendo
Volvióla en la ropa á hundir.
Y á poco muy suavemente

Sintió (y con la sangre yerta)
La mal encajada puerta
De su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento
Resbalar leve ropaje
Y apartar el cortinaje
De su lecho percibió.
Y al misterioso contacto
De aquel fantasma invisible,
Cambio asaz inconcebible
En todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos
Con esquisita pureza,
Y comprendió su cabeza
Con cabal exactitud;
Y exento de la locura
Que su cerebro asaltaba,
Por vez primera gozaba
Perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento
Sus potencias embargando,
Fué poco á poco ocupando
Su trémulo corazón,
Hasta que el santo deliquio
Cambiando su esencia impura,
Niveló á la criatura
Con la celestial vision.

Entonces de entre las ropas
Donde ocultarse creía,
Su sentido percibía
Aunque imperfecto y mortal
La suavísima fragancia,
El delicioso perfume
Que del Señor se consume
En la mansion inmortal.

De sus rebujadas sábanas
Por entre los claros hilos,
Vian sus ojos tranquilos
El mágico resplandor
De la mística aureola
Que la cabeza circunda,
Y el alma de luz inunda
De los santos del Señor.

Entonces puesto al alcance
De aquella ilusión divina,
De su hermosa Valentina
Ante el espíritu fué.
Y elevado hasta el deleite
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Aunque su esencia no vé.

Vago resplandor fosfórico
Que el aposento ilumina,
Del alma de Valentina
Muestra la presencia allí.
Resplandor leve y purísimo,

Sin foco de donde radie,
No producido por nadie,
Comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor.
Que en ningún término espira
Ni de ningún punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura,
De positiva ilusión,
Encuentra Genaro, y goza
Dulcemente aquella esencia,
Que presta nueva existencia,
Nuevo sér al corazón.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne,
Inesplicable, perenne,
Prueba celestial placer;
E identifica su alma
Con el sér de Valentina,
En cuya esencia divina
Nada hay ya de la mujer.

Huyeron de sus afectos,
Los deseos mundanales,
Los deleites terrenales,
La humanal inclinación.
Del amor casto y angélico
La llama que aun alimenta,
De impuro vapor esenta
No es llama de vil pasión.

Es de su esencia la parte
Mas bella y mas necesaria,
Como su fé solitaria,
Eterna como su fé;
Es un amor indeleble
Que Dios conservar la quiso,
Cuando su alma al paraíso
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad,
Embebecido Genaro
En fruición misteriosa,
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

¿Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido,
Y á los justos concedido
Únicamente por Dios!
¿Mística unión de dos almas

En que sin violencia alguna,
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos.

Y así las de Valentina
Y Genaro se comprenden,
Y solo á sí mismas tienden
De sí mismas á gozar:
Y así sin auxilio torpe
De palabras ni sonidos
Que toquen á los sentidos,
Comunicanse á la par.

¡Ay, ¡y quién pudiera ahora
Prestar á mi lengua humana
La esplicacion soberana
De esta palabra sin voz?
¿Quién diera á mi voz terrena
Y á mi miserable pluma,
La santa elocuencia suma
De esta palabra veloz?

¡Ah! yo revelara entonces
En solo un breve momento
Su divino pensamiento,
Su concepto celestial;
Y no como ahora tendria
Que emplear largo periodo,
Para darle de algun modo
Una esplicacion mortal.

Mas ya que es de nuestra mente
La comprension tan mezquina,
Lo que en esta voz divina
Oyó Genaro diré;
No con los torpes sentidos
De su inútil cuerpo impuro,
Por el conducto seguro
De su enaltecida fé.

“Vive, y espera: (esto dijo)
“Tras esta vida azarosa
“Otra vida hay mas dichosa
“Y otro mundo en que vivir.
“El reposo de un sepulcro
“No es el fin que nos espera,
“Esa es la puerta postrera
“Para entrar al porvenir.”

“Tu adorada Valentina
“Pasado su umbral alcanza
“Sempiterna bienandanza,
“Vida eterna de placer.
“Dios por ella te perdona
“De su justicia la duda,
“Porque tu crimen escuda
“La miseria de tu ser.”

“Vive, Genaro, y espera
“Y por prenda de esperanza
“De esa bienaventuranza,
“De esa cierta eternidad,
“De hoy mas, pues tú lo deseas,
“La cabeza peregrina

“De tu amante Valentina
“Consuele tu soledad.

“Mientras contigo la tengas,
“Ese místico amuleto
“De tu fé será en secreto
“El irresistible imán.
“La enseña de tu fortuna,
“El iris de tu esperanza,
“De tu cierta venturanza
“El seguro talisman.”

Todo esto fué la palabra
De aquella celeste voz,
Que en un instante Genaro
En su éstasis comprendió.
Todo esto que torpemente
Y en pesada confusion
Con tan profanos periodos
Pobremente he dicho yo,
Claro, luminoso, armónico,
Sabroso y consolador,
Sin pasar por los sentidos
Penetró en su corazon.
Omnipotente palabra
Del lenguaje creador,
Que rejuvenece el mundo
En los lábios de su Dios;
De su enjendradora boca
Celestial emanacion,
De su lenguaje viviente
Alito generador.
Todo esto dijo la sábia
Palabra de bendicion
Que de la alma Valentina
El espíritu echó.
Todo esto escuchó Genaro
En el término veloz
Del misterio impenetrable
De aquella revelacion.
Y todo esto de tal modo
Su espíritu estremeció,
Desbordó su inteligencia,
Y esprimió su comprension,
Que sacudido hondamente
Su cuerpo, no resistió
De este esfuerzo sobrehumano
La violenta crispacion.
La fuerza con que su sangre
Al pecho se le agolpó,
De fiebre devoradora
Con el insufrible ardor
Le ahogó en la garganta estrecha
La ardiente respiracion,
La luz del celeste encanto
De los ojos le robó,
De los fallecidos miembros
El estinguído vigor,
Y todas sus facultades
De tal modo anonadó,
Que faltó quedó en su lecho
De aliento y de sensacion.

Aun pudo muy débilmente
Percibir el resplandor
Que iluminaba el espacio
Al huir la aparicion.
Aun en su mente asombrada
De su bella Valentina
La purísima ilusion,
Y aun su sien calenturienta
Ligeramente oreó
Al elevarse en los aires
Con sus alas de crespon.
Mas todas estas visiones
Sin voluntad ni color,
Cruzaron su fantasia
En apiñado monton,
Como vagabundas sombras
De un sueño fascinador,
Que se perciben apenas
Desvaneciéndose en pos.
Hasta que al cabo, volviendo
A su reposo anterior,
Cayó en un sueño tranquilo
Poco á poco; y se volvió
A oír en el aposento
Del olvidado escultor,
El monótono murmullo
De su igual respiracion.

VII.

Rayaba apenas en el cielo el día,
Y entre nubes de azul, púrpura y grana,
La cenicienta claridad tendia
De la primera luz de la mañana.
Para gozar sus rayos bienhechores
Entreabrian sus cálices las flores,
Manso alzaban las ráfagas murmullo
En la hojarasca espesa,
Y á su tranquilo y deleitoso arrullo,
Despertaban los tardos ruiseñores.
Todo era calma, y resplandor, y vida
Por la fértil llanura,
Y la tierra en las sombras adormida,
Tornaba á despertar juvenecida,
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.
Del oscuro aposento de Genaro
Por la rota ventana,
La claridad temprana
Penetrando pacífica y tranquila
Hirió, cobrando resplandor mas claro,
Del desvelado mozo la pupila.
¡Oh! y fatigado de nocturna vela
Y por ensueño místico agitado,
La recoge el mancebo alborozado,
Con ojo avaro y delicioso empeño,
Porque la vista de la luz consuela
Las oscuras memorias de su sueño.
Tendió á la reja el brazo,
Y abriendo las maderas,
Del cielo de Sevilla vió un pedazo
Al mirar á traves de las vidrieras.
Brotó en sus labios celestial sonrisa,
Y la luz del placer brilló en sus ojos,

Y ante el único Dios sumo é inmenso,
De quien la gloria y magestad divisa,
Tras el azul estenso
Postróse humilde y le adoró de hinojos.
Llegó á él, embriagando sus sentidos
El blando soplo de la fresca brisa,
Y en ella los perfumes recogidos
Al tocar, entre ramas olorosas
Blancas acacias y encendidas rosas
En los vergeles por abril floridos.
Llegó á él el murmullo deleitoso
De los copados árboles vecinos,
Donde el gorrion inquieto y receloso,
Pios lanzaba al son de la campana
Que el alba anuncia, y á asistir convoca
A la misa temprana,
Y las pisadas rápidas ó graves
De vecinos asaz madrugadores,
Que abriendo puertas y volviendo llaves,
Ya siervos, ya señores,
Iban á sus recreos ó quehaceres,
Cumpliendo su destino ó sus placeres.
¡Hermoso día! murmuró Genaro,
Y al avanzar su cuerpo en la ventana,
Todo en su mente despertóse claro
El nocturno pavor, la bella historia
De la vision aérea y soberana
Que abrió en su corazon y en su memoria
Un santuario al amor y otro á la gloria.
Sintió dentro de sí, de fé sincera
Y de noble ambicion brotar ardiente
Un manantial inmenso;
Y cual se lanza el águila altanera,
Que los aires cruzando indiferente
Busca ambiente mejor, mejor esfera,
En que su osado corazon aliente,
Así Genaro remontóse en alas
De inspiracion valiente,
Y por primera vez juzgó su pecho
A su gran corazon ámbito estrecho
Del sacro fuego á la insufrible llama
Dentro dél se encendió la sed de fama;
Se alzaron en un punto en su memoria,
Fidias y Praxiteles,
Coronados de gloria
Y en tronos de laureles;
Y al impulso violento
De claro é inspirado pensamiento,
Empuñaron sus manos los cinceles.
“¡Sea! exclamó; de mi cincel fecundo
Los vigorosos trazos
Quiero que adore el asombrado mundo:
Y aun cuando el fuego de mi amor ignore,
Quiero que aborto de mis diestros brazos,
La bella efigie de mi amor adore.”
Y con osada mano
Hiriendo al mármol mudo,
Iba tornando en rostro soberano
La tosca forma del peñasco rudo.
Iban bajo el cincel apareciendo
Los contornos suaves
De la cabeza hermosa
De una vírgen modesta y candorosa,

En cuya casta frente,
 En cuyos labios que orla dulcemente
 Sonrisa cariñosa,
 En cuyos ojos que á la tierra inclina
 Con modesta mirada,
 Revelándose va la faz divina;
 No como el débil escultor quisiera
 De su hermosa y perdida Valentina,
 Sino la faz modesta y venerada
 De la madre de Dios inmaculada,
 Y segun el contorno apareciendo
 Iba del rostro santo,
 Del profano escultor iba creciendo
 El misterioso espanto.
 La osada inspiracion su mano guia,
 Mas el hierro á la mano no obedece,
 Y rebelde el cincel á su porfia,
 No traza los contornos que apetece,
 Y la sagrada imágen de María,
 De su hermosa en lugar solo aparece.
 Pura, casta, esplendente, y perfectísima
 La célica escultura,
 Pieza salió maestra y hermosísima,
 Desmintiendo de humana criatura
 Ser obra, ó concepcion; soplo divino
 Animaba su mármol insensible,
 Y el rostro peregrino
 Radiaba aun mas allá de lo creible
 La virtud y pureza
 Del ser hermoso de quien es trasunto
 La marmórea cabeza,
 Sin concepcion creada en solo un punto.
 Contemplábalas trémulo el artista
 Sin concebir apenas
 El prodigio que alcanza con su vista,
 Y sentia la sangre por sus venas
 Abrasada correr, y allá en su mente,
 Sentia al par bullir confusamente
 Con íntima amargura
 El fantasma fatal de su locura.
 "Loco estoy, exclamó con voz rabiosa.
 Sí, loco ¡vive Dios! pues ya no veo
 Lo que hay delante de mi vista ansiosa
 Ni mi mano incapaz es poderosa
 De trazar mi recóndito deseo."
 Y con el mudo mármol encarándose,
 El cabello, y la faz, dijo, mesándose:
 "Por qué, piedra traidora,
 Lo que sin entusiasmo hice mil veces
 Con mas profunda inspiracion ahora
 Te marca mi cincel, no lo obedeces?
 ¿Qué me importa esa obra peregrina
 Que acaso me grangeara una corona,
 Si no es lo que yo quiero una Madona,
 Sino un retrato mas de Valentina?"
 Y á impulso del coraje que le inflama
 El profano deseo no alcanzado,
 Dos encendidas lágrimas derrama
 Que en el rojo carrillo
 Le dibujan un sulco amoratado.
 En esta situacion, y en tal momento
 Le sacó de su amargo arrobamiento
 El paso acelerado

De un hombre que subia
 Por la escalera que á su estancia guia,
 Y un acento para él bien conocido
 Que gritaba su nombre y su apellido.
 Lanzóse hácia la puerta,
 Mas antes que llegára, el picaporte
 Arrancado de un golpe, vióla abierta,
 Y con galan y cortesano porte,
 Traje vistiendo decoroso y rico
 Presentóse á sus ojos Federico.

GENARO.

Federico!

FEDERICO.

Genaro!

LOS DOS.

Mas ¿qué es esto?

GENARO.

¡Tantas galas en tí!

FEDERICO.

¡Tú en tal pobreza!

GENARO.

¿Es ya muerta tu madre?

FEDERICO.

Por supuesto.

Mas viene de otra parte mi grandeza.
 Pero á fé que me espanta y maravilla...
 Genaro ¿esto es estudio ó es boardilla?
 ¿De qué te sirven viajes y escultura?
 ¿No se aprecian tus obras en Sevilla?
 ¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza:
 ¿Es especulacion ó es desventura?
 ¿Qué te falta, Genaro?

GENARO.

¡Ay! la cabeza.

FEDERICO.

¿Otra vez?

GENARO.

Otra vez mi ruin locura
 Me acosa mas terrible y mas funesta,
 Federico, y morir solo me resta.

FEDERICO.

¿Morir? voto va Dios! y esa María
 Que veo al concluir, del genio aborto,
 Que la pasada edad envidiaría
 Y que Canova contemplára absorto?
 Genaro, esa Madona es un prodigio:
 Quien puede con sus manos
 Crear esos prodigios sobrehumanos,
 Puede servirse de cinceles de oro,
 Y en la historia dejar grande vestigio
 Y abrir bajo sus plantas un tesoro.

GENARO.

Pura casualidad ¡ay Federico!
 Eso, de quién encumbras la esclencia,
 Una prueba es no mas de mi impotencia.
 Un busto de mi amor hacer quería,

Y cuanto mas en ello me empeñaba
 Mas la Madre de Dios aparecia
 Y mas de Valentina se alejaba:
 A la mano el cincel no obedecia
 Y lo que quiso ser, fué.

FEDERICO.

Cosa brava!

Mas dime, aquella caja tan preciosa,
 ¿Qué contiene?

GENARO.

¿Qué caja?

FEDERICO.

Esa que tienes

Al lado de tu cama.

GENARO.

No la he visto.

FEDERICO.

Tu locura á fé mia es muy donosa,
 Con burlas te me vienes!
 ¿La tienes en tu propia cabecera
 Y no sabes siquiera
 Lo que guardas en ella, vive Cristo?

GENARO.

No la vieron mis ojos hasta ahora,
 Te lo juro en verdad.

FEDERICO.

Y cómo pesa!

GENARO.

Cielos y qué primor! qué encantadora
 Labor! ponla por Dios sobre la mesa.

FEDERICO.

Abre bien la ventana.

GENARO.

¿Jesus, qué obra tan bella y tan prolija!

FEDERICO.

¡Ah, farsante Genaro,
 Cuál se confiesa de tus manos hija
 En el trabajo minucioso y raro!

GENARO.

Te juro, Federico...

FEDERICO.

Bah! no mientas,

¡Ola! y está á manera de santuario
 Cerrada por doradas puertecillas.

GENARO.

¿Qué mezcla de materias opulentas!
 El ébano, el marfil, la concha, el oro...

FEDERICO.

Genaro, esta cajita es un tesoro,
 Ahora ya concibo tu pobreza:
 Dentro de esta cajita has apilado
 Cuanto oro con tus obras has ganado:
 Abrola, pues, veamos tu grandeza.
 Y con dulce sonrisa esto diciendo

Federico á la caja abrió el candado
 Y el ojo ansioso á su interior tendiendo
 Quedaron sin aliento una gran pieza;
 Y al dar Genaro en tierra desplomado
 Esclamó Federico: "¡es su cabeza!"

Pálido, roto el aliento
 En la mal cerrada boca,
 Inmóvil como una roca
 El pobre escultor quedó:
 Y en la cabeza fijando
 La sorprendida mirada,
 En sonora carcajada
 Federico prorumpió.

¡Válgate Dios por amante
 (Siguió diciendo á Genaro)
 Que ha de ser pobre es bien claro
 Quien su hacienda emplea así.
 ¡De plata has hecho su busto!
 ¡Ya se vé! para fundirla
 Tuviste que reunirla
 Viviendo en Sevilla así.

¡Voto á San Judas, Genaro,
 Que es una insigne locura
 Gastar en una escultura
 Un hombre todo su haber!
 Si el afán de esta memoria
 Aun te atormentaba el pecho,
 De mármol hubieras hecho
 El busto de esa mujer.

¿Qué mas vale esa memoria
 Hecha en plata que en madera?
 ¿Su imágen misma no fuera
 Leño, mármol ó metal?
 Así Federico hablaba,
 Mas Genaro no le oia,
 Que el alma absorta tenia
 En el busto celestial.

Y era en efecto su busto,
 Era su imágen divina,
 De la hermosa Valentina
 Completo el trasunto fiel.
 Era su busto hechicero
 Labrado en maciza plata,
 Cuyo primor le arrebató
 Obra de inmortal cincel.

Jamas del hombre impotente
 Acertó á crear la mano
 Portanto tan soberano
 De retrato mas cabal.
 Nunca el pensamiento pobre
 De sér de mujer nacido
 Concebir ha conseguido
 Ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones
 En la argentina cabeza;